

TRANSMISOGINIA
EN
ESPACIOS FEMINISTAS

El feminismo no es un ente estanco, homogéneo, con una ideología concreta y definida. Existe toda una variedad de feminismos y de debates respecto a quién es (o debería ser) el sujeto político del feminismo, y por qué. No vamos a entrar en esos debates, ni a hablar específicamente del movimiento TERF y su doctrina patriarcal, violenta y reaccionaria. Sin embargo, sí queremos analizar la transmisoginia como fenómeno ubicuo y presente en todas las esferas de la sociedad, centrándonos particularmente en los llamados espacios no-mixtos.

Para llevar a cabo esta tarea, proponemos una serie de preguntas, algunas con respuesta, otras simplemente para invitar a la reflexión: ¿Qué ocurre cuando una mujer trans entra en un espacio feminista no-mixto? ¿Qué es, exactamente, un espacio feminista no-mixto? ¿Cuál es la diferencia entre la transfobia y la transmisoginia?

Para empezar contestando a esta última pregunta, primero debemos definir qué es la cisnorma. Arraigada en la supremacía blanca e impuesta globalmente por el colonialismo, la cisnorma es el conjunto de ideas y mecanismos sociales que establecen la asociación entre una serie de rasgos físicos y las dos clases (géneros) establecidas por el patriarcado.

Ésta establece que las mujeres deben tener rasgos como voz aguda, caderas anchas, hombros estrechos, brazos finos, pechos, vulva, ausencia de vello facial o corporal, mientras que los hombres deben tener voz grave, hombros anchos, pene, vello facial y corporal, pecho plano, etcétera. La categorización de estos rasgos como “masculinos” o “femeninos” y su consecuente asociación con los hombres y las mujeres es consecuencia de la cisnorma.

Sin embargo, lo cierto es que los hombres y las mujeres existen con una diversidad de cuerpos mucho más allá de lo que establece esta norma, como por ejemplo mujeres a las que les crece la barba u hombres con pechos. Muy a menudo observamos que las personas que no cumplen estos estereotipos son ridiculizadas o violentadas y que estos son la fuente de muchas de las presiones estéticas ejercidas sobre las mujeres, como son la cirugía estética o la depilación.

La cisnorma es, a su vez, fruto de una de las herramientas más utilizadas por las ideologías opresoras para justificarse: El bioesencialismo.

El bioesencialismo, o determinismo biológico, es la creencia de que la “naturaleza humana”, la personalidad de un individuo, o alguna cualidad específica es una “esencia” innata y natural, no un producto de circunstancias sociopolíticas y culturales.

Ésta idea fundamentalmente anticientífica y fácilmente refutable es un pilar patriarcal esencial. Es por ejemplo la base de la idea de que las mujeres somos seres inferiores física e intelectualmente y que estamos condenadas por naturaleza a someternos a los hombres. En el caso de las mujeres trans la retórica bioesencialista dicta que somos inevitablemente, “biológicamente”, hombres.

La transfobia, que deriva lógicamente del bioesencialismo, la sufren todas las personas trans y se refleja en el trato humillante y vejatorio de las instituciones, sobre todo las sanitarias, desempleo disparado, agresiones físicas, deshumanización, trabas burocráticas.

La transmisoginia, sin embargo, es un fenómeno específico derivado de la misoginia y la cisnorma a través del cual se oprime a las mujeres trans y personas trans no binarias alineadas mujer que fueron asignadas hombre al nacer.

Ésta viene compuesta por una serie de mecanismos y formas de violencia específicas y concretas contra nosotras: La figura de la mujer trans en el imaginario colectivo no es sino un recurso humorístico (travelo, travesti, hombre con vestido), resultando en burla y humillación en la esfera pública. Sufrimos también de la fetichización sexual en lo privado, particularmente por hombres heterosexuales que ocultan ese deseo por miedo a las represalias sociales y ejercen a su vez su violencia patriarcal.

Por otra parte, debido al bioesencialismo, la mujer trans queda siempre relegada a la idea de que “realmente es un hombre”, un hombre fallido, y además un depredador sexual. De esta manera la transmisoginia se alimenta de, y a su vez refuerza, el mito del hombre disfrazado que pretende corromper e invadir espacios de mujeres, ignorando el hecho de que las mujeres trans somos en muchos casos precisamente víctimas de violencia patriarcal de la que se nos acusa.

Las consecuencias de todo esto son la conceptualización de la mujer trans como mujer de segunda clase, que no puede acceder a ser madre o pareja, y que el deseo hacia nosotras es inmoral, sucio y se tiene que dar de manera encubierta.

Una manifestación concreta de la transmisoginia muy prevalente en espacios feministas son los carteles y convocatorias refiriéndose a "mujeres, bolleras y trans" o a "mujeres*". Estos recursos nacen de un intento de inclusividad pero son innecesarios, performativos y transmisóginos.

En primer lugar, "Mujeres, bolleras y trans" pretende englobar al sujeto del feminismo, es decir todas las personas oprimidas por el patriarcado. Pero añadir un "trans" al final alegando que es para incluir a las mujeres trans no tiene sentido. El problema es que "Trans" por sí sólo incluye a todas las personas trans sin distinguir su posición bajo el patriarcado, incluyendo por tanto a hombres y personas alineadas con el hombre. Al igual que los hombres cis, los hombres trans no son sujetos del feminismo. Si partimos de la premisa de que los hombres trans también son sujetos del feminismo por su disidencia de género, debemos incluir a toda persona castigada por la opresión de género en sí.

Es bien sabido que el género se construye desde la colonialidad y el concepto de blanquitud, además de la heteronorma, por lo que este sujeto debería abarcar también a los hombres cis racializados, y a los hombres cis gays y bisexuales, sobre todo si se alejan de la masculinidad hegemónica.

La principal implicación transmisógena de este recurso es que relega a las mujeres trans a una categoría separada de la de mujer, es decir a la otredad, reforzando la idea de que no somos mujeres de verdad.

Por otro lado, recientemente se ha popularizado el uso de "mujeres*" alegando también ser un término más "inclusivo" o hasta "no binarista". Dejando de lado la ambigüedad estética (muchas veces nos encontramos buscando otro asterisco en el texto esperando encontrar una explicación), es un término también políticamente ambiguo ¿Si la intención es incluir a las mujeres trans para qué simbolizarlo con un asterisco que recalca esa otredad que nos quieren imponer? Es transmisógeno porque nos vuelve a señalar como "las otras".

Si "mujer*" pretende referirse a mujer como categoría política y no identitaria, incluyendo a las personas no binarias o género disidentes oprimidas por el patriarcado, es mucho más útil y políticamente coherente explicitarlo. "Mujeres y personas alineadas mujer" es una categoría política relativamente coherente e inclusiva, mientras que el uso del asterisco es confuso y performativo, priorizando el interés del feminismo cis de creerse progre a la realidad de mujeres trans y personas trans no binarias alineadas mujer.

Evidentemente el bioesencialismo está muy arraigado en la concepción ideológica de muchos feminismos mayoritarios. Esto se manifiesta en la manera en la que se organizan los llamados espacios no mixtos. El carácter no mixto de estos espacios depende de la conceptualización del sujeto del colectivo feminista que lo organice. Muchos de estos todavía parten de la premisa de que la opresión patriarcal es esencialmente genital, es decir, solo está oprimida la gente con vulva por el hecho de tenerla. Incluso colectivos transfeministas o con perspectivas más inclusivas caen en este discurso.

Esto tiene dos consecuencias. Primero dar carta blanca a los hombres trans (necesariamente beneficiarios del patriarcado) para acceder a estos espacios por considerarlos esencialmente mujeres, con la transfobia que eso conlleva. Segundo dar de lado a todas las mujeres trans que necesitan de esos espacios no mixtos, específicamente a estas que no se ajusten a los cánones cisnormativos (por ejemplo, las mujeres con voz grave o barba).

Otra situación relativamente común es la fetichización que sufrimos las mujeres trans en determinados espacios feministas. Esta fetichización no tiene por qué ser de carácter sexual, sino que más bien adopta el de una fascinación deshumanizante, en la que nos convertimos en una especie de mono de feria.

Unido a esto, en los colectivos feministas a los que sí podemos acceder se dan muchos casos de tokenismo o lo que es lo mismo, inclusión simbólica. Estos colectivos no sólo usan a su mujer trans florero como lavado de cara, sino que ésta debe ser la única encargada de aportar una perspectiva trans las actividades del colectivo. Aunque la intención no siempre sea la de deshumanizar e instrumentalizar, responsabilizar a una única persona de representar a todo un colectivo como si se tratase de una abeja con mente colmena resulta más dañino que inclusivo.

Así pues, concluimos recordando que, como aprendimos de Wittig, Butler o Beauvoir, la opresión patriarcal no nace del cuerpo generizado sino que es la opresión la que forja el género en el cuerpo, sea ése como sea. Invitamos a los espacios feministas a luchar contra este bioesencialismo mediante distintas formas:

Rechazar consignas transmisóginas basadas en los genitales como “polla violadora a la licuadora” y similares, proponiendo en su lugar identificar el verdadero origen de la violencia que se trate en el momento. No asumir el género de las personas basándose en estereotipos cisnormativos, normalizar preguntar los pronombres, escuchar las vivencias de las compañeras trans. Cargar el foco en los genitales, además de dañino e incorrecto, distrae del verdadero problema a combatir y otorga un carácter biológico a dicha violencia, exculpando a los hombres que no poseen dichos genitales de perpetrarla.

En definitiva, invitamos a los espacios feministas a trabajar para ser más seguros para todas las mujeres.

Ozen!